

Juventud Española

Querido Don Miguel: Testimoniándome una vez más el gran interés y el sincero afecto que Vd. me ha dispensado siempre, me pide unas líneas con destino a la *Revista* de su Academia, que ha de ser pronto publicada. Acepto muy complacido su invitación.

Escribir me va pareciendo cada día que pasa un placer mayor, acaso porque al cozer la pluma me hallo limpio de toda vanidad y considero esta humilde y gratísima tarea como una sencilla conversación, sostenida con personas amables.

Y como Vd. se preocupa desde hace tantos años de enriquecer y orientar el espíritu de una parte de nuestra juventud, hablemos un poco, si bien le parece, con el interés y el amor de que tal asunto es digno, de la juventud española.

¿Que pensamos de la juventud española los que ya vamos siendo viejos? ¿Que pensamos de la dirección que se marca a la juventud española y del ambiente social y cultural en que se desenvuelve? ¿Que opinión nos merece la juventud española, comparada con la de otros países, con los que hemos tenido la fortuna de compartir algunos años de nuestra vida entre el propio solar y tierras extrañas? Digamos algunas palabras sinceras, tan tristes como bien intencionadas.

La juventud española, contrastada con la de otros países, en nada desmerece y muchas veces es marcadamente superior en inteligencia, en generosidad, en entusiasmo, en una palabra, en riqueza espiritual. Y, sin embargo, tristísimo es decirlo, esa juventud tan bien dotada naturalmente, no cumple debidamente su misión. Tratemos de investigar las razones.

Pero veamos, ante todo, cuales son los fines a que se debe dirigir nuestra juventud, independientemente de sus estudios profesionales primero, y del ejercicio de esa misma profesión después. Regociyémonos si de los centros de enseñanza españoles salen hábiles abogados, doctos médicos, sabios catedráticos, brillantes ingenieros, etcétera. Pero al mismo tiempo, quisiéramos que toda esa juventud estudiosa, que en la vida habrá de cumplir tan variados fines, estuviese unida por un mismo ideal: el de contribuir con todas sus energías, materiales y del espíritu, a romper el marasmo de la vida española, a derramar por todas partes ideas y suscitara iniciativas, a combaír, donde quiera que existan vicios y rutinas, a hacer digno de una vez, la vida española cada día más sana, más bella y más noble. En este sentido, nuestra juventud de hoy, aunque muy superior a la de hace veinte o treinta años, acusa todavía palpable inferioridad frente a la de otros países. Nuestros jóvenes, en general, pierden pronto sus entusiasmos; a las palabras y a las acciones que exteriorizan el íntimo estrechamiento de un entusiasmo fecundo y confortador, sucede pronto el gesto de cansancio, la sonrisa escéptica y el lenguaje del más oscuro pesimismo. Y, desgraciadamente, es muy lógico que así sea.

La juventud española—la inteligente, la noble, la generosa juventud española—nace, vive y se agota pronto en medio de un aridísimo desierto espiritual. El joven español suele formarse—y formarse a sí mismo, ya que los buenos maestros no abundan—en un ambiente de rudeza, de incompresión, de estrechez y de desconfianza verdaderamente aplastantes. Por todas partes ve espectáculo que descorazonan y oye palabras que desmoralizan. Para no rendirse de golpe o ir cediendo poco a poco, habría que ser un héroe.

Además, son pocos los que orientan debidamente a la juventud española. ¿Quién le enseña lo mucho que vale y lo mucho que debe ser respetada la propia vida? ¿Quién le dice,—recordando las palabras admirables que Ángel Ganivet puso en boca de su héroe, Pío Cid—que, antes que obrero, sabio o artista, es preciso ser hombre, entendiendo por hombre el que afronta con energía siempre creciente los combates de la vida, y camina serenamente hacia adelante, saliendo de los triunfos como de los fracasos, con el espíritu más entero, más amplio y más lleno de luz? ¿Quién dice a nuestros jóvenes que haciendo mejor o peor su propia vida prepararán una futura vida española mejor o peor que la presente?

Por otra parte, nuestra juventud se mueve en el vacío, Cuando dice algo, nadie la escucha, cuando intenta hacer algo, halla con frecuencia en torno suyo indiferencia y mala voluntad. ¿Qué de particular tiene que los demás se den pronto por vencidos?

España necesita hoy de su juventud. Los que ya vamos siendo viejos debemos mirarla con cariño, escucharla con respeto, haciéndole ver que comprendemos todo su valor y toda su generosidad. Y, en contacto con los jóvenes, tal vez conserve nuestra alma ese temple juvenil que hace fecundo el trabajo y amable la vida.

Perdone, querido Don Miguel, la extensión de esta carta, que yo no sé si le parecerá demasiado dolorosa o demasiado optimista y que tal vez sea absolutamente impublicable, por haberla escrito con mucho amor y la más completa sinceridad.

Le saluda respetuosamente su antiguo alumno.

ANTONIO HERAS.

Profesor de Literatura Española en la
Universidad de Minnápólis.

LA EDUCACIÓN SECUNDARIA

Las asociaciones escolares

Las agrupaciones escolares para los juegos, para las clases y para la vida en las casas de los internados, o en las secciones equivalentes de los externados, no agotan las formas de cooperación social entre los alumnos. Quedan aún otras, de que conviene hacer ligera mención.

Clubs.—Se han constituido, por iniciativa y con el apoyo principal de las escuelas secundarias, círculos o *clubs* para los niños entre doce y diez y seis o diez y ocho años aproximadamente. Esos *clubs* proporcionan deportes al aire libre y juegos, distracciones y ejercicios (damas, ajedrez, lectura, gimnasia, representaciones teatrales, música, etc.) en su local propio; utilizado especialmente en las últimas horas de la tarde y en la primera de la noche. Establecen *clubs* las escuelas de las grandes ciudades, y suelen encomendar a algunos de sus antiguos alumnos, en colaboración con los profesores, la organización y tutela de estas sociedades, que, a veces, cuentan varios centenares de miembros.

Se mezclan en ellas los actuales alumnos de la escuela con los que la han abandonado prematuramente para dedicarse al trabajo. Uno de los grandes beneficios, que consiste en poner en contacto niños ricos y pobres, es, al mismo tiempo, una de las grandes dificultades, que sólo se allana mediante la acción nive-